



CAER Y
LEVANTARSE

*Una espiritualidad para la
segunda mitad de la vida*

Richard Rohr



Título original: *Falling Upward. A Spirituality
for the Two Halves of Life*

Traducido por Federico Pastor Ramos

Diseño: Pablo Núñez / Estudio SM

© 2011, John Wiley & Sons, Inc. Todos los derechos reservados

© 2015, PPC, Editorial y Distribuidora, SA

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

ppcedit@ppc-editorial.com

www.ppc-editorial.es

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

*Los mayores y más importantes problemas de la vida
son fundamentalmente irresolubles.
Nunca pueden resolverse, solo superarse.*
CARL G. JUNG

*Primero es la caída y luego el recobrase de la caída.
Ambas cosas son misericordia de Dios.*
JULIANA DE NORWICH

*A los frailes franciscanos, mis hermanos, que me adiestraron
tanto y tan bien en las habilidades y espiritualidad
de la primera mitad de la vida,
y que también me dieron el fundamento, el espacio, la vocación
y la inevitabilidad para un viaje distinto y fantástico.*

INVITACIÓN A OTRO VIAJE

A todos nosotros nos espera un viaje en la segunda mitad de nuestras vidas. No todo el mundo lo hace, aunque todos nosotros nos vayamos haciendo más viejos, y algunos seamos más viejos que otros. Por alguna razón, el «otro viaje» es un secreto bien guardado. Mucha gente ni siquiera sabe que existe. Son también pocos quienes son conscientes de él, nos cuentan algo sobre él o saben que es distinto del viaje de la primera mitad de la vida. Así que, ¿por qué tendría yo que intentar iluminar algo ese sendero? ¿Por qué tendría yo que suponer que tengo algo que decir en ese punto? ¿Y por qué tendría que escribir algo a personas que todavía están en su primer viaje, y además lo están felizmente?

Estoy impulsado a escribir porque, después de cuarenta años de maestro franciscano, y de haber trabajado en diferentes ambientes, religiones, países e instituciones, he visto que mucha gente, si no la mayoría de ella y de las instituciones, sigue frustrada ante las preocupaciones de la primera mitad de la vida. Con esto quiero decir que la mayoría de las preocupaciones de las personas consiste en establecer su identidad personal (o superior), creando diversas señales fronterizas para sí mismos, buscando seguridad y, quizá, vincu-

lándose a lo que les parecen gente o proyectos importantes. Estos esfuerzos son buenos en cierta medida y hasta necesarios. Intentamos encontrar lo que el filósofo griego Arquímedes llamaba una «palanca y un punto de apoyo», de manera que podamos mover el mundo solo un poquito. El mundo sería mucho peor si no hiciéramos esta primera e importante tarea.

Pero, en mi opinión, esta tarea de la primera parte de la vida no es sino encontrar el punto de partida. Es meramente el calentamiento, no todo el viaje. Es la balsa, pero no la costa. Si se percibe que hay otro viaje, se puede llevar a cabo el calentamiento de una forma del todo diferente, lo cual podría preparar mejor para cuanto sigue. La gente tiene que conocer el arco completo de su vida y hacia dónde le lleva.

Sabemos algo de este otro viaje por las claras voces de quienes han estado allí y nos invitan, por los textos sagrados y seculares, que también nos invitan a ir allí, por nuestra propia visión de personas que han entrado en este nuevo territorio y también, por desgracia, por los que nunca parece que se mueven. El «otro» viaje normalmente aparece como una seductora invitación y una especie de compromiso de esperanza. Se nos exhorta a él, pero no se nos ordena hacerlo, quizá porque cada uno de nosotros tiene que recorrer ese camino libremente, con toda la materia prima y enredada en nuestra propia y única vida. Pero no tenemos que hacerlo, y no tenemos que hacerlo solos. Hay indicadores,

algunos modelos, metas radicalmente nuevas, unas pocas advertencias y hasta guías personales para ese otro viaje. Espero poder servir de ayuda a los lectores, ofreciéndoles algo de todo esto en el presente libro.

Todas estas fuentes y recursos me dan el valor y el deseo de intentar hacer un mapa del terreno de ese otro viaje junto con el terreno del primero, pero muy especialmente con las encrucijadas que será necesario afrontar. Como se verá por los títulos de los capítulos, considero que las encrucijadas normales son una especie de «sufrimiento necesario», tropiezos en piedras y mucho «boxeo con sombras», pero muy a menudo solo son un erosionante deseo de «nosotros mismos», de algo más o de lo que llamaré «nostalgia del hogar».

Confío en que se verá la verdad de este mapa, pero se trata del tipo de verdad del alma que solo conocemos «oscuramente, como en un espejo» (1 Cor 13,12), y a la vez claramente, como a través de un cristal. Sin embargo cualquier cristal a través del cual veamos siempre está hecho por manos humanas, como las mías. Todo lenguaje espiritual es necesariamente metáfora y símbolo. La Luz viene de otro sitio, y sin embargo es reflejada necesariamente por aquellos de nosotros que todavía estamos de viaje. Como Desmond Tutu me dijo en una reciente visita a Ciudad de El Cabo: «Solo somos las bombillas, Richard, y nuestra tarea solo es estar encendidos».

Creo que Dios nos da el alma, nuestra más profunda identidad, nuestro auténtico Yo¹, nuestras únicas huellas dactilares en nuestra propia «inmaculada concepción». ¡Nuestro único trocito de cielo está colocado por el Fabricante dentro del producto ya desde el comienzo! Se nos da un plazo de algunos años para descubrirlo, elegirlo y vivir nuestro propio destino hasta el fin. Si no lo hacemos, no se nos ofrecerá nunca de nuevo nuestro propio yo en nuestra única y propia forma, lo cual es la razón por la que casi todas las tradiciones religiosas presentan este punto con palabras profundamente cargadas de significado como «cielo» o «infierno». El descubrimiento de nuestra alma es totalmente crucial, decisivo y de vital importancia para cada uno de nosotros y para el mundo. Nosotros no «hacemos» ni «creamos» nuestras almas; simplemente las «hacemos crecer». Somos los torpes administradores de nuestras propias almas. Estamos encargados de despertar, y gran parte del trabajo de la espiritualidad es aprender a no obstaculizar el camino de este crecimiento y despertar tan natural. Al parecer necesitamos *desaprender* para volver a la vida fundamental, que está «escondida en Dios» (Col 3,3). Sí, la transformación trata a menudo más de desaprender que de apren-

¹ Me tomo la libertad de poner este término en mayúscula a lo largo del libro de manera que se puede notar que no me estoy refiriendo al yo pequeño o psicológico, sino al yo mayor y fundante que nosotros somos en Dios.

der, razón por la que las tradiciones religiosas la llaman «conversión» o «arrepentimiento».

En mi opinión, ningún poeta expresa esto más perfectamente que el literalmente inimitable Gerard Manley Hopkins en su poema, inspirado en Duns Scotto, «As Kingfishers Catch Fire»²:

Cada cosa mortal hace solo y la misma cosa:
toca ese ser interno que habita en cada uno,
nosotros mismos...; me habla y me pronuncia a mí mismo,
gritando: *Lo que hago soy yo; para eso he venido.*

Todo lo que podemos devolver y todo lo que Dios quiere de cada uno de nosotros es que restituyamos humilde y orgullosamente el producto que se nos ha dado... ¡que somos nosotros mismos! Si he de creer a los santos y a los místicos, este producto acabado es más valioso para Dios que para nosotros. Sea lo que fuere este Misterio, ¡desde luego estamos metidos en él! La auténtica religión siempre es una profunda in-

² Juan Duns Escoto (1266-1308) es el filósofo franciscano que más influyó en Thomas Merton, Gerard Manley Hopkins y en todos a los que nos gustan sus sutiles argumentos sobre la libertad divina, un Cristo cósmico, una teología no violenta de la redención y, en este poema, su maravillosa doctrina de la «estidad». Para Escoto, Dios no crea categorías, clases, géneros o especies, sino solamente individuos singulares y concretos. ¡Cada cosa es un único «esto»! Cf. M. B. INGHAM, *Scotus for Dunces*. St. Bonaventure, NY, St. Bonaventure University, 2003; G. M. HOPKINS, *Poems and Prose*. Nueva York, Penguin, 1984, p. 51.

tuición de que ya estamos *participando* en algo muy bueno, pese a nuestros grandes esfuerzos por negarlo o evitarlo. De hecho, la mejor teología moderna muestra un fuerte «giro hacia la participación» opuesto a la religión como mera observación, afirmación, moralismo o pertenencia a un grupo. No hay nada a lo que unirse, sino solo algo que reconocer, sufrir o disfrutar como *participante*. Ya se está en el *flujo eterno* que los cristianos llaman la vida divina de la Trinidad.

Vemos que nuestro auténtico Yo depende en gran parte de los momentos del tiempo que nos han tocado en suerte y de los momentos de libertad que cada uno de nosotros recibe y escoge durante ese tiempo. La vida es verdaderamente vital, creada por la acumulación de momentos vitales en los cuales el «yo» más profundo se va revelando lentamente, si estamos dispuestos a verlo. Conservar nuestra *huella dactilar interna*, que es una buena descripción del alma, y devolverla humildemente al mundo y a Dios mediante el amor y el servicio es ciertamente de capital importancia. Cada cosa y cada persona tienen que realizar completamente su naturaleza cueste lo que cueste. Es la finalidad de nuestra vida y el significado más profundo de «ley natural». Estamos aquí para devolver entera y libremente lo que primero se nos ha dado, aunque no con una escritura personal. Probablemente es el acto más valiente y libre que nunca haremos, y hacerlo por completo nos ocupará ambas mitades de la vida. La prime-

ra mitad de la vida consiste en descubrir el guión, y la segunda en escribirlo realmente y apropiarse de él.

Así que, dispongámonos a la gran aventura para la que todos nosotros hemos nacido. Si al final no llegamos a nuestro pedacito de cielo, nuestra vida no habrá tenido gran sentido y habremos creado nuestro propio «infierno». Dispongámonos para una libertad nueva, un permiso nuevo, una esperanza de ahora mismo, una felicidad inesperada, unas piedras de tropiezo, una gracia radical y una nueva y urgente responsabilidad sobre uno mismo y sobre nuestro mundo sufriente.

INTRODUCCIÓN

*Lo que es una meta normal para un joven
se convierte en un obstáculo neurótico en la vejez.*

CARL JUNG

Ningún sabio quiere volver a ser joven jamás.

DICHO NATIVO AMERICANO

Hay muchas pruebas en varios niveles de que por lo menos existen dos tareas importantes para la vida humana. La primera es construir un fuerte «contenedor» o identidad; la segunda es encontrar los contenidos que se supone han de estar en el contenedor. Suponemos que la primera es la auténtica finalidad de la vida, lo cual no significa que la llevemos a cabo demasiado bien. La segunda tarea, me han dicho, se encuentra más que se busca; pocos llegan a ella con gran planificación previa o gran pasión. Uno podría preguntarse si tiene mucho sentido ofrecer una guía del terreno antes de tiempo. Sin embargo, precisamente por esto debemos hacerlo. Es vitalmente importante saber lo que viene y se nos ofrece a todos nosotros.

Nosotros somos «una cultura “de la primera mitad de la vida”», muy dedicada a *vivir con éxito*. Probable-

mente, la mayoría de las culturas y de los individuos a lo largo de la historia se han situado hasta ahora en la primera mitad de su propio desarrollo, porque era todo para lo que tenían tiempo. Todos nosotros intentamos hacer lo que nos parece la tarea que la vida nos propone en primer término: construir una identidad, un hogar, relaciones, amigos, comunidad, seguridad y una adecuada plataforma para nuestra propia vida.

Pero nos cuesta mucho más tiempo descubrir «la tarea dentro de la tarea», como me gusta llamarlo: *lo que realmente estamos haciendo cuando estamos haciendo lo que estamos haciendo*. Dos personas pueden hacer la descripción de la misma ocupación, y una de ellas puede desarrollar una energía vital (*eros*) sutil o no tan sutil al realizar su trabajo, mientras que la otra desarrolla una energía vital negativa (*thánatos*) sutil o no tan sutil realizando exactamente el mismo trabajo. La mayoría de nosotros supongo que estamos entre las dos.

Nosotros realmente respondemos a la energía del otro más que a las exactas palabras o actos de las personas. En cualquier situación, lo que realmente se hace es tomar o dar energía. Todo el mundo puede sentir, sufrir o disfrutar la diferencia, pero pocos pueden decir exactamente qué es lo que está ocurriendo. ¿Por qué me siento atraído o rechazado? ¡Lo que todos deseamos y necesitamos del otro, naturalmente, es esa energía vital llamada *eros*! Esta energía siempre atrae, crea y conecta cosas.

Seguramente eso es lo que Jesús quería decir cuando afirmaba que se puede distinguir un árbol bueno de otro malo «por sus frutos» (Mt 7,20). En la energía de vida, un grupo o una familia será productiva y animada; en la energía de muerte, habrá murmuración, cinismo y desconfianza oculta detrás de cada interacción. Sin embargo, normalmente no se puede señalar lo que está ocurriendo. Esa es una sabiduría de la «segunda mitad de la vida» o lo que Pablo llama «discernimiento de espíritus» (1 Cor 12,10). Quizá este libro sea una escuela para este discernimiento y sabiduría. Desde luego esa es mi esperanza.

Cuando empezamos a prestar atención y a buscar integridad precisamente en *la tarea dentro de la tarea*, estamos empezando a pasar de la primera a la segunda mitad de nuestra vida. La integridad tiene mucho que ver con purificar nuestras intenciones y con una creciente honradez sobre nuestras motivaciones reales. Es un duro trabajo. Muy a menudo no nos fijamos en esa tarea interna hasta que no hemos sufrido alguna caída o fallo en nuestras actividades externas. Este modelo es invariablemente verdadero por razones que tengo que imaginar.

Si somos honrados sobre este punto, la vida está compuesta por muchas caídas y recaídas en medio de nuestro esperanzado crecimiento y realización. Estas caídas y recaídas tienen que darse con una finalidad, una finalidad que ni la cultura ni la Iglesia han com-

prendido plenamente. Muchos de nosotros encontramos que todo fracaso es desconcertante, pero no tiene por qué serlo. Mis observaciones me dicen que, si podemos clarificar algo más las *secuencias* corrientes, los *montajes* y la *dirección del arco de la vida*, se resolverán muchas cuestiones prácticas y muchos dilemas. Lo cual no significa que podamos evitar el viaje mismo. Cada uno de nosotros todavía tiene que recorrerlo por sí mismo antes de elaborar el gran cuadro de la vida humana.

Quizá se podría titular este libro simplemente *Sugerencias para el camino*, una especie de programa de asistencia viaria. O quizá sea como un folleto médico que describe los posibles síntomas de un futuro ataque de corazón. Leerlo cuando se está bien puede parecer una pérdida de tiempo, pero podría suponer la diferencia entre la vida y la muerte si realmente sobreviene un ataque al corazón. Mi suposición es que la segunda mitad de la vida *tendrá lugar*, esperando que no haya un ataque al corazón (naturalmente, a menos que se entienda «ataque al corazón» simbólicamente).

Cuando digo que se entrará en la segunda mitad de la vida, no lo digo en un sentido estrictamente cronológico. Algunos jóvenes, especialmente los que han conocido el sufrimiento a una edad temprana, ya han llegado allí, y algunos ancianos son todavía muy infantiles. Si uno está todavía en la primera parte de la vida, cronológica o espiritualmente, yo querría esperar

que este libro ofreciera algunas buenas orientaciones, advertencias, límites, permisos y muchas posibilidades. Si ya se está en la segunda mitad de la vida, espero que este libro al menos asegure que no se está loco y ofrezca algún pan sustancioso para todo el viaje.

Ninguno de nosotros entra en la madurez espiritual solo por su propia decisión y por una elección del todo libre. Somos conducidos por el *Misterio*, que las personas religiosas llaman con razón «gracia». La mayoría de nosotros tenemos que ser engatusados o seducidos para entrar en ella, o caemos en ella por medio de una cierta clase de «transgresión», créase o no; como Jacob, que logra su derecho de primogenitura por medio de astucias, mientras Esaú pierde el suyo por un fallo (Gn 27). Los que hacen el viaje completo e íntegro son considerados en la Biblia «llamados» o «escogidos», y en las mitologías y literaturas del mundo, personas con «hado» o «destino», pero siempre son los que han escuchado alguna honda invitación a «algo más» y se han puesto a encontrarlo por gracia y osadía. La mayoría encuentra poco apoyo por parte de otras personas, y aun así tiene plena seguridad de que está totalmente en lo cierto. Ponerse en marcha siempre es un salto de fe, un riesgo en el más profundo sentido del término, y también es una aventura.

Lo familiar y cotidiano es falsamente tranquilizador, y la mayoría de nosotros establece un hogar permanente en esos ambientes. Lo nuevo es, por defini-

ción, poco familiar y experimentado; por ejemplo Dios, la vida, el destino, el sufrimiento, tienen que darnos un empujón –a menudo muy grande– o en caso contrario no iremos. Alguien tiene que explicarnos que los hogares no son para vivir en ellos, sino solo para moverse de uno a otro.

A la mayoría de nosotros nunca nos han dicho que podemos ponernos en marcha desde lo conocido y familiar para emprender otro viaje. Nuestras instituciones y nuestras expectativas, incluidas nuestras Iglesias, están configuradas casi por completo para apoyar, animar, recompensar y dar validez a las tareas de la primera mitad de la vida. Eso puede extrañar y desilusionar, pero creo que es verdad. Luchamos más por sobrevivir que por prosperar, más por «pasar» simplemente o por intentar llegar a la cumbre que por encontrar lo que está en la cumbre o estaba ya en el fondo. Thomas Merton, el monje americano, señalaba que podemos emplear toda la vida subiendo la escalera del éxito solo para encontrar, cuando llegamos a la cima, que nuestra escalera estaba apoyada en una pared equivocada.

La mayoría de nosotros sospecha en la primera mitad de la vida que no todo funciona bien, ¡y probablemente sea verdad! No se trata de estar en solitario. Se nos ha dicho que construyamos un buen cimiento y algún tipo de fundamento para nuestra casa, pero no se nos ha dado plano alguno, y ni siquiera una leve indicación de que también necesitábamos un auténtico

«cuarto de estar» en el piso de arriba, y no digamos una cocina para comer o un dormitorio erótico, y todavía menos nuestra propia capilla. De este modo, la mayoría, si no todos nosotros, nos afanamos por los ladrillos y el cemento de la supervivencia de la planta baja y nunca logramos lo que llamaré el «campo unificado» de la vida misma. Como dice Bill Plotkin, un guía sabio, muchos de nosotros aprendemos la «danza de la supervivencia», pero nunca llegamos a nuestra «danza sagrada auténtica».

LA SUBIDA Y LA BAJADA

El alma tiene muchos secretos. Solamente se revelan a los que lo quieren y nunca se nos imponen del todo. Uno de los secretos mejor guardados, y sin embargo oculto a plena luz, es que *la subida es la bajada*. O, si se prefiere, *la bajada es la subida*. Este modelo es obvio en toda la naturaleza, desde los mismos cambios de estaciones y sustancia en la tierra a los seiscientos millones de toneladas de hidrógeno que el sol quema cada día para dar luz y calor a nuestra tierra, y también incluso en las leyes metabólicas de hacer dieta o ayunar. El esquema abajo-arriba es constante también en la mitología, en leyendas como la de Perséfone, que tiene que bajar al inframundo y casarse con Hades para brotar y renacer.

En las leyendas y la literatura, sacrificar algo para lograr algo distinto es casi el único modelo. El doctor Fausto tiene que vender su alma al diablo para lograr poder y conocimiento. La Bella Durmiente debe dormir durante cien años antes de poder recibir el beso del príncipe. En la Escritura vemos que la lucha y la herida de Jacob son necesarias para que Jacob llegue a ser Israel (Gn 32,26-32), y la muerte y la resurrección de Jesús son necesarias para crear el cristianismo. El esquema de pérdida y renovación es tan constante y omnipresente que difícilmente puede llamarse un secreto.

Sin embargo es un secreto, probablemente porque no queremos verlo. No queremos embarcarnos en otro viaje si es para descender, especialmente después de haber hecho tanto ruido y empleado tanto ímpetu en ascender. Seguramente esta es la primera y principal razón por la que mucha gente nunca llega a la plenitud de sus vidas. Las supuestas realizaciones de la primera mitad de la vida se han roto y aparecen de alguna forma como deficitarias; de lo contrario no iríamos adelante. ¿Por qué habríamos de hacerlo?

De ordinario se tiene que perder trabajo, fortuna o fama, tiene que sufrirse una muerte, una casa tiene que inundarse o hay que sufrir una enfermedad. De hecho, el esquema es tan claro que hay que esforzarse bastante o ser intelectualmente perezoso para no caer en la cuenta de la continua lección. Tal fue, desde luego,

la intuición más importante de Scott Picks en su tan vendido libro *El camino menos transitado*. Una vez me dijo personalmente que tenía la impresión de que la mayoría de los occidentales eran intelectualmente perezosos. Y cuando somos perezosos nos quedamos en la senda por la que ya estamos andando, aunque no lleve a ningún sitio. Es el equivalente espiritual de la segunda ley de la termodinámica: todo va perdiendo energía a no ser que una fuerza externa le dé fuerza. La auténtica espiritualidad podría llamarse «fuerza externa», aunque sorprendentemente esté «dentro»; volveremos a ello más adelante.

En el viaje está programado algún tipo de caída, que llamaremos enseguida «sufrimiento necesario». Todas las fuentes parecen decirlo, comenzando por Adán y Eva, con todo lo que representan. Sí, «pecaron» y fueron expulsados del Jardín del Edén, pero de esas mismas acciones vino la «consciencia», la conciencia y su propio viaje ulterior. Pero todo empezó con una transgresión. Solo la gente poco familiarizada con la historia sagrada se sorprende de que comieran la manzana. En cuanto Dios les dijo claramente que no, ¡se sabía que lo iban a hacer! Se crea toda la narración dentro de la cual nos hallamos nosotros mismos.

No es que el sufrimiento o el fallo *puedan* ocurrir o que solo ocurran si se es malo (que es lo que las personas religiosas por desgracia piensan a menudo), o que ocurran a los desgraciados, o a unos pocos en otros

sitios, o que se puedan evitar con inteligencia o por ser bueno. No: *ocurrirán, ¡y te ocurrirán a ti!* Pérdida, fallo, caída, pecado y sufrimiento que llegan de esas experiencias... todo eso es una parte necesaria, y hasta buena, del viaje humano. Como dice en su inglés medieval mi mística favorita, Juliana de Norwich: «El pecado es provechoso».

En todo caso, no se puede evitar el pecado o el error (Rom 5,12). Y si se intenta con demasiado fervor, eso crea aún problemas peores. A Jesús le gustan narraciones como la del publicano y el fariseo (Lc 18,9-14) o la famosa del hijo pródigo (Lc 15,11-32), en la cual un personaje tiene una vida totalmente acertada, aunque de hecho está equivocada; y el otro personaje, que lo hace todo del todo mal, ¡acaba de amado de Dios! ¡A ver si se entiende! Jesús también nos dice que hay dos grupos que son muy buenos intentando evitar esa humillante sorpresa: *los muy «ricos» y los muy «religiosos»*. Estos dos grupos tienen planes muy diferentes para sí mismos e intentan gobernar plenamente sus propios barcos con rutas bien elegidas. Tienen dos formas diferentes de «subir» y evitar todas las «bajadas».

Esta perspectiva de abajo y arriba no encaja en nuestra filosofía occidental de progreso, ni en nuestro deseo de movilidad ascendente, ni en nuestros conceptos religiosos de perfección o santidad. «¡Esperemos que *no* sea verdad, por lo menos para mí!», decimos todos. Sin embargo, la tradición perenne, llamada algunas

veces tradición de sabiduría, dice que es y siempre es verdad. San Agustín lo llamaba pasar por el misterio (o el «misterio pascual», de la palabra hebrea para Pascua, *pésaj*).

Ahora podemos usar varias metáforas: dar marcha atrás al motor, cambiar el plan de juego, caerse del carro que hemos hecho. Nadie escogería voluntariamente esos trastornos; de algún modo tenemos que «caer» en ellos. Los que construyen con demasiado cuidado sus propios sistemas de superioridad normalmente no lo permitirán en absoluto. Es mucho más algo *que se le hace* a alguien que algo que uno hace; a veces personas no religiosas están más abiertas a este cambio de estrategias que gentes religiosas, que tienen planeado totalmente su propio proyecto de salvación. Así interpretaría yo las enigmáticas palabras de Jesús: «Los hijos de este mundo son más sabios en sus cosas que los hijos de la luz» (Lc 16,8). He tropezado con muchos cristianos viejos, rígidos y malhumorados, y también con clero, que niegan esta triste verdad, pero parece ser cierta en todas las religiones, hasta que –y a menos que– conduzcan a la transformación real de las personas.

Me gustaría describir en este libro cómo este mensaje de caer y levantarse es realmente una intuición contraria a lo que espera la mayoría de las religiones del mundo, incluido, y de modo especial, el cristianismo. *Espiritualmente crecemos mucho más haciendo las cosas mal que haciéndolas bien*. Este podría ser el mensaje

central sobre cómo tiene lugar el crecimiento espiritual; y, sin embargo, nadie de nosotros está dispuesto a creerlo. Realmente creo que es el único significado operativo de lo que queda de la noción de «pecado original». Parece que ha habido una mosca en la leche ya desde el comienzo, pero la solución es reconocerlo y ocuparse de la mosca más que querer tirar toda la leche.

Si hay algo parecido a la perfección humana, eso parece nacer precisamente de cómo nos enfrentamos con la imperfección, que se encuentra por todas partes, especialmente con la nuestra. ¡Qué lugar más inteligente para que Dios escondiese la santidad de forma que solo los humildes y serios la encontraran! Una persona «perfecta» acaba siendo alguien que puede perdonar conscientemente la imperfección y asumirla, más que el que piensa que él o ella está totalmente por encima y más allá de la imperfección. Es una obviedad cuando se dice en voz alta. Realmente yo diría que la *búsqueda de lo perfecto es el mayor enemigo de lo bueno*. La perfección es un concepto matemático o divino; la bondad es un bello concepto humano que nos incluye a todos.

Al negar el dolor y eludir la necesaria caída, muchos se han alejado de sus propias profundidades espirituales, y por ello se han alejado también de sus propias alturas espirituales. La religión de la primera parte de la vida versa casi siempre acerca de diversos tipos de códigos de pureza o de «deberás» para conser-

varnos *inmaculados, limpios y unidos* como buenos *scouts*, chicos y chicas. Alguna clase de «pureza» y autodisciplina es también «provechosa», al menos para un tiempo en la primera mitad de la vida, como la Torá judía dice brillantemente. Yo fui un buen *star-scout*, y además monaguillo que iba en bici a ayudar en la misa de las seis de la mañana cuando solo tenía diez años. Espero que os impresionéis tanto como yo lo estaba de mí mismo.

Puesto que ninguno de nosotros desea, busca ni sospecha un sendero descendente para crecer mediante la imperfección, tenemos que transmitir el mensaje con la autoridad de una «revelación divina». Así, Jesús lo convierte en un axioma central: los «últimos» de hecho tienen ventaja para ser los «primeros», mientras que los que emplean demasiado tiempo intentado ser «primeros» nunca lo conseguirán. Jesús lo dice claramente en algunos lugares y en muchas parábolas, aunque los que estemos en el primer viaje simplemente no podamos oírlo. Se ha considerado mera pelusa religiosa, como la mayor parte de la historia occidental ha puesto bastante de manifiesto. Nuestra resistencia al mensaje es tan grande que podría llamarse acertadamente negación hasta entre cristianos sinceros. *El ego humano prefiere cualquier cosa, exactamente cualquier cosa, a caer, cambiar o morir*. El ego es la parte de uno que ama el *statu quo*, aun cuando no funcione. Se aferra al pasado y al presente, y teme al futuro.

Cuando uno está en la primera mitad de la vida, no se puede considerar ningún tipo de fallo o muerte ni siquiera como posible, mucho menos como necesario o bueno. (Los que *nunca* han estado arriba, como los pobres y marginados, pueden tener una ventaja espiritual, ¡según Jesús!) Pero normalmente necesitamos algunos éxitos para lograr alguna estructura del ego y autoconfianza y para ponernos en marcha. Misericordiosamente, Dios oculta a los jóvenes los pensamientos de muerte, pero, por desgracia, nosotros también los escondemos hasta que los años finalmente nos fuerzan a traerlos a la conciencia. Ernest Becker dijo hace algunos años que no es el amor, sino la «negación de la muerte», lo que puede hacer girar al mundo. ¿Y si tuviera razón?

Algunos han llamado a este principio de bajar para subir «espiritualidad de la imperfección» o el «camino de la herida». En el cristianismo ha sido propuesto por santa Teresa de Lisieux como su «pequeño camino», por san Francisco como el camino de la pobreza y por Alcohólicos Anónimos como el necesario primer paso. San Pablo enseñó este mensaje tan poco bienvenido con su enigmático «cuando soy débil, entonces soy fuerte» (2 Cor 12,10). Evidentemente, al decir esto él estaba edificando sobre lo que llamaba la «locura» de la crucifixión de Jesús, una muerte trágica y absurda que se convirtió en la resurrección misma.

A manera de patinadores, avanzamos moviéndonos hacia los lados. He encontrado que este fenómeno es

nuclear y central en mi investigación sobre la iniciación masculina³, y actualmente nos lo encontramos reflejado claramente más bien en todo el universo, especialmente en la física y la biología, lo cual es un enorme esquema de entropía: constante pérdida y renovación, muerte y transformación, cambio de formas y fuerzas. Algunos hasta lo ven en términos de la «teoría del caos»: las excepciones son la única norma, y entonces crean nuevas normas. Raro, ¿no?

Negar el esquema parece haber sido una especie de ateísmo práctico cotidiano o de una ignorancia elegida entre muchos creyentes y clero. Muchos han optado por la suave religión de fáciles consolaciones del ego, el modelo de crecimiento humano o el «Evangelio de la prosperidad», que se ha hecho tan corriente en el cristianismo occidental y en todos los mundos que hemos colonizado espiritualmente. Crecemos y aumentamos, pero por un camino muy diferente de lo que el ego ha podido nunca imaginar. Solo el alma sabe y entiende.

Lo que espero hacer en este pequeño libro, sin mucha necesidad de convencer a nadie, es simplemente poner en claro *la secuencia, las tareas y la dirección* de las dos mitades de la vida. Así se podrán sacar las propias conclusiones. Por eso lo he titulado «caer y levantarse».

³ R. ROHR, *Adam's Return. The Five Promises of Male Initiation*. Nueva York, Crossroad, 2004.

ÍNDICE

INVITACIÓN A OTRO VIAJE	7
INTRODUCCIÓN	15
La subida y la bajada	21
Un mito fundante	34
1. LAS DOS MITADES DE LA VIDA	43
Pasos y etapas	51
De Dios y de la religión	56
2. EL VIAJE DEL HÉROE Y LA HEROÍNA	61
3. LA PRIMERA MITAD DE LA VIDA	70
Amor condicional e incondicional	77
Tener una tensión creadora	81
Una primera mitad realizada pobremente	85
Licenciar a un soldado leal	91
4. EL SENTIDO TRÁGICO DE LA VIDA	102
El «trágico» mundo natural	104
El gran vuelco	110
5. TROPEZAR EN LA PIEDRA DE TROPIEZO	110

6. SUFRIMIENTO NECESARIO	125
Toda la creación «gime» (Rom 8,22)	129
«Odiar» a la familia	133
7. HOGAR Y NOSTALGIA DEL HOGAR	139
8. AMNESIA Y EL GRAN CUADRO	151
«Cielo» e «infierno»	154
9. UNA SEGUNDA SENCILLEZ	160
Ansiedad y duda	165
10. UNA BRILLANTE TRISTEZA	172
11. LAS TIERRAS DE LAS SOMBRAS	182
Depresión y tristeza	191
12. NUEVOS PROBLEMAS Y NUEVAS	
DIRECCIONES	193
Aislamiento y soledad	200
Pensamiento «y... y»	203
13. CAER HACIA ARRIBA	211
Reflejos	213
CODA. MEDITACIÓN SOBRE UN POEMA	
DE THOMAS MERTON	221
BIBLIOGRAFÍA	229

ÚLTIMOS TÍTULOS DE LA COLECCIÓN

176. LAS MUJERES DE LA BIBLIA, *Jacqueline Kelen*
177. ¡OJALÁ ESCUCHÉIS HOY SU VOZ!, *Juan Martín Velasco*
178. AMAR LO QUE SE CREE, *Antonio González Paz*
179. COMO EN UN ESPEJO, *Mercedes Lozano*
180. A LA ESCUCHA DE LA MADRE TERESA, *José Luis González-Balado / Janet Nora Playfoot Paige*
181. COMENTARIO A *NOCHE OSCURA DEL ESPÍRITU Y SUBIDA AL MONTE CARMELO*, DE SAN JUAN DE LA CRUZ, *Fernando Urbina*
182. ENCUENTROS CON JESÚS, *Carlo Maria Martini*
183. NO PODEMOS CALLAR, *Ángela C. Ionescu*
184. ESCOGER AL POBRE COMO SEÑOR, *Dominique Barthélemy*
185. EL BARRO DE LOS SUEÑOS, *Tintxo Arriola*
186. ¿CÓMO VOY A COMPRENDER, SI NADIE ME LO EXPLICA?, *Ángel Moreno, de Buenafuente*
187. ¿TÚ CREES?, *Raniero Cantalamessa*
188. BALBUCEOS DEL MISTERIO, *Sandra Hojman*
189. SENDEROS HACIA LA BELLEZA, *José Alegre*
190. ORACIONES DE INVIERNO, *Bittor Uraga*
191. JESÚS, MAESTRO DE MEDITACIÓN, *Franz Jalics*
192. BIENAVENTURADOS, *José Luis Pérez Álvarez*
193. EMIGRANTE: EL COLOR DE LA ESPERANZA, *Mons. Santiago Agrelo*